

## LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A MI AMIGO EL ARTISTA

DON JULIAN ROMEA.

## I.

La noche sobre el mundo desplomada,  
Tendió en él de su sombra el ancho velo,  
Porque su sueño no turbase osada  
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara  
Con tan espesa red sombra importuna,  
Antes que con pavor se desvelara,  
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina  
Cobijase la sombra en los rincones;  
Y reflejan su llama peregrina  
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño,  
De la virgen sonrie el labio amante,  
La tierra desplegó su adusto ceño  
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,  
Duerme el pastor cansado en su cabaña,  
Este tranquilo, el otro receloso,  
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado,  
Duerme el mendigo tras de larga vela,  
Mientras por este vela su cuidado,  
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,  
Duerme la fiera en su morada impura,  
Aquella por las ráfagas mecida,  
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,  
Guardan las nubes la tormenta inerme.  
Todo entre sombras á la par reposa,  
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría,  
Al grato son del arpa melodiosa  
Ensayabas cantares algun día  
Bajo el balcón de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,  
Y á delirar contigo me aventure,  
Que en tus brazos un hora en paz respire  
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores  
En insensatos himnos juveniles,  
Y el arpa tosca coroné de flores  
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,  
Y con la vida en mi ilusion luchando,  
Orlé el mundo de falsos oropes,  
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,  
Mis delirios de amor perdí en el viento,  
Y el viento, como ramas desgajadas,  
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera  
Mas que la voz un poco enronquecida,  
Y el velo de la negra cabellera,  
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,  
Y el afán de cantar mientras aliente,  
Mientras gravite en la vital balanza  
La vanidad del corazón demente.

Quédame aún altivo y vigoroso,  
De noble inspiracion el fuego santo,  
Quédasme tú, poeta generoso,  
Para escuchar mi desmayado canto;

Tú, que vas á las tumbas de los hombres  
A buscar un disfraz y una careta,  
Para escurar con los difuntos nombres  
Tus amargas creencias de poeta;

Tú, que el abrigo de ignoradas leyes,  
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo  
Parodias los esclavos y los reyes,  
Riéndote del rey y del esclavo;

Tú, que en la farsa del ocioso mundo,  
Preparando otra farsa al mundo mismo,  
Le das á devorar su cieno inmundo  
En formas de virtud y de heroísmo.

Quédasme tú y la noche silenciosa  
Con su turbio fanal, tocas azules;  
La soledad del bosque religiosa  
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,  
Sus capillas, sus lámparas y altares,  
Su santa cruz, sus incensarios de oro,  
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa  
Que en su tablado inmenso se coloca;  
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa  
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;  
Ya se acabó mi cántico mundano,  
Que me cansan sus falsos galanteos  
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta,  
Espiró mi cantar, rompí mi lira:  
Solo mi lengua mis caprichos canta,  
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me finjé tan bello  
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,  
Hoy por la turba impávido atropello,  
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna  
Escúchame la inspiracion sublime,  
Que me bulle en el ánima importuna  
Y el perezoso corazón me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra  
Que mitiga la luz que el sol enciende,  
Con que la noche su palacio alfombra  
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo silencio y pavoroso  
Que regala el cansancio del oído,  
Y en pabellón convierte de reposo  
El mundo que á sus piés yace dormido;

Son una inspiracion dulce, tranquila,  
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,  
En que el dudoso corazón vacila . . . . .  
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos,  
Ni revelarla osó ningun profeta:  
¡Oh! ven; que mientras duermen los mundanos  
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria  
Para tí, en tu pacífico retiro,  
Como amorosa y lánguida plegaria,  
Como amistoso y postrimer suspiro.

## II

Pende del cenit la luna,  
Reverberan las estrellas,  
La vida se vierte de ellas,  
Porque pensar es vivir.  
Vacila inquieta la mente,  
El pensamiento medita,  
Ociosa el alma se agita  
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña  
Cristalina y mansa fuente,  
Crea imágenes la mente  
Que se ofuscan al brotar.  
Nos presta honda, solitaria,  
Una idea el pensamiento,  
Y sin gozo y sin tormento  
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,  
Turbulenta, revoltosa,  
Un fantasma de una cosa  
Que no hemos visto jamas:  
Una fosfórica llama  
Que nos sigue y la seguimos,  
Adelante si la huimos,  
Si la buscamos, detras.

Idea que brota informe  
En la languidez del alma,  
Que nace y muere en la calma  
Del placer ó del pesar;  
Una idea que no estorba  
Para ver lo que se mira,  
Que nada en el alma inspira,  
Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni ángel,  
No es esperanza ni gloria,  
Pero existe en la memoria  
Sin fuerza y sin voluntad:  
Si el alma padece es triste,  
Y si goza es lisonjera,  
Y si el alma desespera,  
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,  
Se revuelve y se acrecienta  
De la noche amarillenta  
Al silencioso rumor;  
Y el susurro de una brisa,  
El murmullo de una fuente,  
La mantienen en la mente  
Sin hacérsola mejor.

Entonces es cuando el hombre  
Piensa sin saber qué piensa,  
Y aborta una idea inmensa  
Sin concebirla tal vez;  
Entonces es cuando mira  
En la tierra un hondo foso,  
Y un pabellón de reposo  
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio  
Exhalan vaga armonía  
Que el oído no oír,  
Y atenta el alma escuchó.  
Una música con formas,  
Que al resbalar en la mente,  
Nos deja lánguidamente  
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos  
En blando sueño deliran,  
Y en torno al ánima giran  
Ilusiones mil á mil.  
El oído oye murmullo,  
El olfato aspira olores,  
Los ojos crean colores  
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes  
Con ruinas, templos y fiestas,  
Y oímos coros y orquestas,  
Y suspirar y reír;  
Sentimos rios que corren,  
Vistas aves que vuelan,  
Manantiales que rielan,  
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura  
Sotos y villas lejanas,  
Y oímos en sus campanas  
El apagado doblar;  
Vemos formas misteriosas  
Que sonrien pasajeras,  
Y lumbre de mil hogueras  
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,  
Insectos, monstruos y flores  
Que nos dan ricos colores,  
Y movimiento que ver;  
Vemos un mundo cerrado  
En transparentes encajes,  
Entre flotantes celajes,  
Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho  
El uniforme latido  
Del corazón abatido  
Que dentro velando está;  
Como un reloj cuya péndola,  
Sorda, monótona y lenta,  
Los pasos del tiempo cuenta,  
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre,  
Ni dormimos, ni velamos:  
Vemos lo que no miramos,  
Sentimos lo que no es.  
Y á un movimiento, á un suspiro  
Que olvidados exhalamos,  
Todos nuestros sueños vemos  
Pavesas á nuestros pies.

No es dormir, y se despierta,  
No es muerte, y se vuelve á vida,  
Y allá en la mente escondida  
Se levanta una creación.  
Entonces el pintor pinta,  
El músico escucha y toca,  
Y el poeta halla en su boca  
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado  
De fuego su pensamiento,  
De fuego el osado aliento,  
De fuego el habla mortal;  
Hay un volcán en su lengua,  
Y un volcán en su mirada,  
Y cruza el mar de la nada  
Con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,  
Entonces pinta Murillo,  
Y el sol vierte escaso brillo  
Su aborto para alumbrar;  
Entonces Hoffman delira,  
Y en torno de su ponchera  
Como en torno de una hoguera  
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,  
Y á su vigoroso acento  
Cielo, infierno, en un momento  
Parecen delante de él.  
Y paseando allí sus ojos  
Seres buscando inmortales,  
Sus Autos sacramentales  
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,  
Este alcázar de ceniza  
Que el ánimo diviniza  
Por ser cárcel de los dos;  
Mientras ella libre, ufana,  
Hija de celeste prole,  
De su estirpe soberana  
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansioso registra  
Sin respetos ni barreras,  
En pos de lindas quimeras  
Con que hacer mundo mejor;  
Y ni templos, ni palacios,  
Ni presentes, ni futuros,  
En la nada están seguros  
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos  
Sus encierros funerarios,  
Envolviendo en los sudarios  
Lo que queda de su ser;  
Santos, criminales, niños,  
Eslavos, soldados, reyes,  
Sus caprichos como leyes  
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango  
Ante su origen divino,  
El universo mezquino  
A su noble inmensidad:  
Dios es el fin de su raza,  
Es la atmósfera su aliento,  
Su alcázar el firmamento,  
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos  
El fuego febril del alma,  
Lope, Schiller, Maiquez, Talma,  
Atan el mundo á sus pies.  
Y entonces ¡oh actor poeta!  
En tu espíritu altanero,  
Ni el poeta está primero  
Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,  
Es el pueblo esclavo tuyo,  
Tus derechos el misterio  
De tu osada inspiración,  
Y nosotros, los profanos,  
Asombrados te rendimos  
Sonoro aplauso en las manos,  
Respeto en el corazón.

Me atosiga y da tormento  
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué extraño que ignores  
Su nombre y el de su gente,  
Si sus escombros traidores  
Desplomó sobre la frente  
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano  
Los perfiles de tus olas,  
Hallas un cerro cercano  
Envuelto en tapiz liviano  
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara  
Entre los juncos se pliega,  
Y en un remanso se para,  
Que de los restos se ampara  
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar  
Una torre en una altura,  
Mírala ¡oh río! al pasar,  
No te avergüences el andar  
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo  
Verás solo un torreón,  
Solitario y amarillo,  
Que ayer se llamó castillo  
Y hoy el alto de Muñón.

Ya son presa del olvido  
Sus blasones y baluartes;  
Mírole, Arlanza, atrevido,  
Sus gentes cuando han huido  
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad  
Si de ese fantasma al pie  
Una afligida beldad  
Llorando tal vez se ve  
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda  
Las resbaladizas hondas  
Contempla llorosa y muda,  
Antes, río, la saludá  
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!  
Por respeto ó por temor  
De su doliente desvío,  
El llanto que vierte es mío,  
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena  
Que sin lluvia bienhechora  
Se agosta en la seca arena;  
Ay de la niña que llora  
Sobre las aguas su pena!

Y en la altivez de tu orgullo  
Llegan á tí nuestras voces  
Como el escaso murmullo  
Que alza un insecto al volar;  
Y á tu vista somos solo  
Nosotros, un pueblo entero,  
Un revoltoso hormiguero  
Que va tu planta á segar.

Entonces magnates, reyes,  
Caudillos, conquistadores,  
Privados, emperadores,  
Son allí menos que tú;  
Y ante tus falsos disfraces  
Es tierra, harapos y talco  
Cuanto ostenta altivo palco  
De oro, perlas y tisú.

#### UN RECUERDO DEL ARLANZA

Río Arlanza, si las fuentes  
Que en Burgos te dan el ser  
No cegaron sus corrientes,  
Y aún en tí van á verter  
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas  
Entre arenas amarillas  
Se deslizan bulliciosas  
Bañando las mismas rosas  
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura  
Hay un pardo torreón  
Que pinta en el agua pura  
Su descarnada figura  
Como extraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,  
No te acuerdes de su nombre,  
Porque á tí no te se alcanza  
Con cuánto afán compra el hombre  
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno  
Entre flores susurrando,  
Y pasas libre y sereno  
Del triste que queda ajeno  
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,  
No guardas en la memoria  
Los lugares que dejaste,  
Que no te importa la historia  
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,  
Lo que pesa un pensamiento,  
No sabes cómo en el mío

¡Ay de la angustiada hermosa  
Por cuyos ojos deliro,  
Por cuyos labios de rosa,  
Por cuya risa amorosa  
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí  
En la márgen del Arlanza....!  
¡Qué aguardas, hermosa, dí,  
Sin consuelo ni esperanza,  
Tan acongojada aquí?

¡Por qué tus alegres horas  
Vertiendo lágrimas pierdes  
Sobre las hondas sonoras,  
Que cruzan murmuradoras  
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores  
En la ribera al pasar,  
Por mas que sobre ellas llores  
Nunca tus cuitas de amores  
Sabrán, niña, consolar.

Ni por mas que tu amargura  
En són de queja las cuentas,  
A la falda de esa altura  
Movidas de tu hermosura  
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán  
Por el valle resbalando  
Indiferentes irán;  
Y nunca mas volverán,  
Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que han de venir  
A contarme el desconsuelo  
En que te vieron gemir,  
Que á darnos no alcanza el suelo  
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,  
Nos dió luz, vida y calor,  
Pobló el agma de ilusiones,  
Mas negó á los corazones  
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,  
Tantas galas y primores,  
Son mentira y oropel,  
Que el mundo alfombra con flores  
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen,  
Y corrompidas no aroman,  
Los rios furiosos crecen,  
Y torrentes se desploman  
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué.  
Hoy vemos informe ruina,  
Por mas que el grosero pié

Mirando su sombra esté  
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento  
Que levanta en el espacio  
Su esqueleto ceniciento,  
Demándole, niña, al viento,  
Si fué cárcel ó palacio.

Demándole al claro rio  
Que baña el valle que habitas,  
Qué hizo ayer el tiempo impío,  
Del feudo y del poderío  
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron  
Los nobles de esa Castilla,  
Los castillos que vinieron,  
Los planteles que tuvieron  
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio  
Encubre esa cruz que riega  
Cual árbol de un cementerio  
Donde tuvo un monasterio  
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas  
De su bisantino muro  
Oyó las amargas quejas  
Del rey que en su templo oscuro  
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir  
Al monarca en su abandono,  
Que un puñal le hizo subir  
Los escalones del trono,  
Y un vaso se le hizo huir.

Para escojer le llamaron  
Entre morir y reinar;  
Los que ayer le coronaron,  
Su venia no demandaron  
El tósigo al preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla  
La púrpura te vistieron  
Esos grandes de Castilla,  
Que tu sepulcro tendieron  
A las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,  
Que el florido campo pules  
Derramándote en holganza,  
Tan frágil es mi esperanza  
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,  
Resbalando indiferente,  
Hallar como tú descanso  
Cuando apilas tu corriente  
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador  
Bordando el campo de flores,  
Arrulla ¡Arlanza! el dolor  
De esa niña sin amores,  
Qué está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido  
Quien encontró á mis cantares  
El placer que no he sentido,  
Que en ello gozo he finjido  
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento,  
Al compás del arpa loca  
Alegre y báquico acento,  
Es que cierro á mi tormento  
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,  
Que el florido campo pules  
Derramándote en holganza,  
Dila que está mi esperanza  
Cabe tus ondas azules!

#### A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

I.

Entre pardos nubarrones  
Pasando la blanca luna,  
Con resplandor fugitivo  
La baja tierra no alumbra  
La brisa con frescas alas  
Juguetera no murmura,  
Y las veletas no giran  
Entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
La opaca atmósfera cruza,  
Y unas en otras las sombras  
Confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
Un momento se columbran,  
Como lanzas de soldados  
Apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
La trémula llama turbia,  
Y un instante entre las rocas  
Riela la fuente oculta.  
Los álamos de la vega  
Parecen en la espesura,  
De fantasmas apiñados  
Medrosa y gigante turba;  
Y alguna vez desprendida,  
Gotea pesada lluvia  
Que no despierta á quien duerme,  
Ni á quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
Entre la sombra confusa,  
Y el Tajo á sus piés pasando,

Con pardas ondas la arrulla.  
El monótono murmullo  
Sonar perdido se escucha,  
Cual si por las hondas calles  
Hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
Cuando á lo lejos susurran  
Los álamos que se mecen,  
Las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas  
Que el sueño del triste endulzan,  
Y en tanto que sueña el triste,  
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
Como la noche que enluta  
La esquina en que desemboca  
Una callejuela oculta,  
Se ve de un hombre que aguarda  
La vigilante figura,  
Y tan á la sombra vela,  
Que entre la sombra se ofusca.  
Frente por frente á sus ojos,  
Un balcon á poca altura  
Deja escapar por los vidrios  
La luz que dentro le alumbra.  
Mas ni en el claro aposento,  
Ni en la callejuela oscura  
El silencio de la noche  
Rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo,  
Que pudiera haberse duda  
De si es hombre, ó solamente  
Mentida ilusion nocturna;  
Pero es hombre, y bien se ve,  
Porque con planta segura  
Ganando el centro á la calle,  
Resuelto y audaz pregunta:  
¡Quién va?—y á corta distancia  
El igual compás se escucha  
De un caballo que sacude  
Las sonoras herraduras.  
¡Quién va? repite, y cercana,  
Otra voz menos robusta  
Responde:—Un hidalgo; ¡calle!  
Y el paso el bruto apresura.  
—Téngase el hidalgo, el hombre  
Replica, y la espada empuña.  
—Ved mas bien si me hareis calle,  
(Repusieron con mesura)  
Que hasta hoy á nadie se tuvo  
Iban de Vargas y Acuña.  
—Pase el Acuña y perdone:  
Dijo el mozo en faz de fuga,  
Pues teniéndose el embozo  
Sopla un silbato, y se oculta.  
Para el ginete á una puera,  
Y con precaucion difusa  
Salió una niña al balcon,  
Que llama interior alumbra.  
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;  
Y el viejo, en la cerradura  
Metió la llave pidiendo

A sus gentes que le acudan.  
Un negro por ambas brisas  
Tomó la cabalgadura,  
Cerrose detrás la puerta,  
Y quedó la calle muda.  
En esto, desde el balcon,  
Como quien tal acostumbra,  
Un mancebo por las rejas  
De la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
Hizo cara á Iban de Acuña,  
Y huyeron, en el embozo  
Velando la catadura.

## II.

Clara, apacible y serena  
Pasa la siguiente tarde,  
Y el sol tocando su ocaso  
Apaga su luz gigante:  
Se ve la imperial Toledo,  
Dorada por los remates  
Como una ciudad de grana  
Coronada de cristales.  
El Tajo por entre rocas  
Sus anchos cimientos lame,  
Dibujando en las arenas  
Las ondas con que las bate.  
Y la ciudad se retrata  
En las ondas desiguales,  
Como en prendas de que el rio  
Tan afanoso la bañe.  
A lo lejos en la vega  
Tiende galan por sus márgenes  
De sus álamos y huertos  
El pintoresco ropaje,  
Y porgue su altiva gala  
Mas á los ojos halague,  
La salpica con escombros  
De castillos y de alcázares,  
Un recuerdo es cada piedra  
Que toda una historia vale,  
Cada colina un secreto  
De príncipes ó galanes.  
Aquí se bañó la hermosa  
Por quien dejó un rey culpable  
Amor, fama, reino y vida,  
En manes de musulmanes.  
Allí recibió Galiana  
A su receloso amante  
En esa cuesta que entonces  
Era un plantel de azahares.  
Allá por aquella torre  
Que hicieron puerta los árabes,  
Subió el Cid sobre Babieca  
Con su gente y su estandarte.  
Mas lejos se ve al castillo  
De San Servando, ó Cervantes,  
Donde nada se hizo nunca  
Y nada al presente se hace.  
A este lado está la almena  
Por dó sacó vigilante  
El conde Don Peranzueles

Al rey, que supo una tarde  
Finjir tan tenaz modorra,  
Que político y constante  
Tuvo siempre el brazo quedo  
Las palmas al horadarle.  
Allí está el circo romano,  
Gran cifra de un pueblo grande,  
Y aquí la antigua Basílica  
De bizantinos pilares,  
Que oyó en el primer concilio  
Las palabras de los padres,  
Que velaron por la Iglesia  
Perseguida ó vacilante.  
La sombra en este momento  
Tiende sus turbios cendales  
Por todas esas memorias  
De las pasadas edades,  
Y del Cambron y Visagra  
Los caminos desiguales  
Camino á los toledanos  
Hácia las murallas abren.  
Los labradores se acercan  
Al fuego de sus hogares  
Cargados con sus aperos,  
Cansados de sus afanes.  
Los ricos y sedentarios  
Se tornan con paso grave  
Calado el ancho sombrero,  
Abrochados los gabanes;  
Y los clérigos y monges,  
Y los prelados y abades,  
Sacudiendo el leve polvo  
De capelos y sayales.  
Quédase solo un mancebo  
De impetuosos ademanes  
Que se pasea ocultando  
Entre la capa el semblante.  
Los que pasan le contemplan  
Con decision de evitarle,  
Y él contempla á los que pasan  
Como si á alguien aguardase.  
Los tímidos aceleran  
Los pasos al divisarle,  
Cual temiendo de seguro  
Que les proponga un combate;  
Y los valientes le miran  
Cual si sintieran dejarle  
Sin que libres sus estoques  
En riña sonora dancen.  
Una muger tambien sola  
Se viene el llano adelante  
La luz del rostro escondida  
En tocas y tafetanes.  
Mas en lo leve del paso,  
Y en lo flexible del talle,  
Puede á través de los velos  
Una hermosa adivinarse.  
Vase derecho al que aguarda,  
Y él al encuentro la sale  
Diciendo. . . . . cuanto se dicen  
En las citas los amantes.  
Mas ella galanterías  
Dejando severa aparte

Así al mancebo interrumpe  
En voz decisiva y grave.

—“Abreviemos de razones,  
Diego Martinez; mi padre,  
Que un hombre ha entrado en su ausencia  
Dentro mi aposento, sabe:  
Y así quien mancha mi honra  
Con la suya me la lave;  
O dadme mano de esposo,  
O libre de vos dejadme.”—

Miróla Diego Martinez  
Atentamente un instante,  
Y echando á un lado el embozo  
Repuso palabras tales:  
—“Dentro de un mes, Inés mia,  
Parto á la guerra de Flandes;  
Al año estaré de vuelta  
Y contigo en los altares  
Honra que yo te desluzca  
Con honra mia se lave.  
Que por honra vuelven honra  
Hidalgos que en honra nacen.  
—Júralo,—esclamó la niña.  
—Mas que mi palabra vale  
No te valdrá un juramento.—  
—Diego, la palabra es aire.  
—¡Vive Dios que estás tenaz!  
—Dalo por jurado y baste.—  
—No me basta, que olvidar  
Puedes la palabra en Flandes.—  
—¡Voto á Dios! ¿qué mas pretendes?  
—Que á los piés de aquella imágen  
Lo jures como cristiano,  
Del Santo Cristo delante.”—

Vaciló un punto Martinez,  
Mas porfiando que jurase  
Llevóle Inés hácia el templo  
Que en medio la vega yace.  
Enclavado en un madero  
En duro y postrero trance,  
Ceñida la cien de espinas,  
Descolorido el semblante,  
Víase allí un crucifijo  
Teñido de negra sangre,  
A quien Toledo devota  
Acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
Llegaron ambos amantes,  
Y haciendo Inés que Martinez  
Los sagrados piés tocase,  
Preguntóle:

—Diego, ¿juras  
A tu vuelta desposarme?  
Contestó el mozo:  
—¡Sí juro!—  
Y ambos del templo se salen.

## III.

Pasó un dia y otro dia,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y un año pasado había,  
Mas de Flandes no volvía  
Diego que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés  
Su vuelta aguardando en vano,  
Oraba un mes y otro mes  
Del crucifijo á los piés  
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venía  
Despues de traspuesto el sol,  
Y á Dios llorando pedía  
La vuelta del español,  
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,  
Sin dueña y sin escudero,  
En un manto una muger  
El campo salía á ver  
Al alto del miradero.

¡Ay del triste que consume  
Su existencia en esperar!  
¡Ay del triste que presume  
Que el duelo con que él se abruma  
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
Precioso y funesto don,  
Pues los amantes desvelos  
Cambian la esperanza en zelos  
Que abrazan el corazon.

Si es cierto lo que se espera  
Es un consuelo en verdad,  
Pero siendo una quimera,  
En tan frágil realidad  
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba  
Sin acabar de esperar,  
Y su tez se marchitaba,  
Y su llanto se secaba  
Para volver á brotar.

En vano á su confesor  
Pidió remedio ó consejo  
Para aliviar su dolor,  
Que mal se cura el amor  
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia  
Llorosa y desconsolada,  
El padre no respondía,  
Que la lengua le tenía  
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
 Callando el padre severo  
 Y suspirando la bella,  
 Porque nació muger ella,  
 Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
 En esperar y gemir,  
 Y las guerras acabaron,  
 Y los de Flandes tornaron  
 A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,  
 Un mes y otro mes pasó,  
 Y el tercer año corria;  
 Diego á Flandes se partió,  
 Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,  
 Doraba el sol de occidente  
 Del Tajo la vega amena,  
 Y apoyada en una almena  
 Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
 Las riberas azotando  
 Bajo las murallas solas,  
 Musgo, espigas y amapolas  
 Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido  
 Creció entre la yerba blanda,  
 Sobre las aguas tendido  
 Se reflejaba perdido  
 En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado  
 Entre su fresca espesura,  
 Daba al aire embalsamado  
 Su cántico regalado  
 Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores  
 Tornasolada la escama,  
 Saltaba á besar las flores  
 Que exalan gratos olores  
 A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
 El torreón se dibuja,  
 Como el contorno redondo  
 Del hueco sombrío y hondo  
 Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
 El rigor de su fortuna,  
 Y así la tarde pasaba  
 Y al horizonte trepaba  
 La consoladora luna.

A lo lejos por el llano  
 En confuso remolino  
 Vió de hombres tropel lejano,

Que en pardo polvo liviano  
 Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
 Y llegando recelosa  
 A las puertas del Cambrón,  
 Sintió latir zozobrosa  
 Mas inquieto el corazón.

Tan galan como altanero  
 Dejó ver la escasa luz,  
 Por bajo el arco primero  
 Un hidalgo caballero  
 En un cebra'lo andaluz.

Jubon negro acuchillado,  
 Banda azul, lazo en la hombrera,  
 Y sin pluma al diestro lado  
 El sombrero derribado  
 Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
 Bota de ante, espuela de oro,  
 Hierro al cinto suspendido,  
 Y á una cadena prendido  
 Agudo cuchillo moro.

Vienen tras ese ginete  
 Sobre potros jerezanos  
 De lanceros hasta siete,  
 Y en adarga y coselete  
 Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés  
 Gritando:—¡Diego, eres tú!—  
 Y él viéndola de través  
 Dijo—¡Voto á Belcebú,  
 Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido  
 Tal respuesta al escuchar,  
 Y á poco perdió el sentido,  
 Sin que mas voz ni gemido  
 Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas  
 Encomendóla á su gente,  
 Diciendo:—¡Malditas viejas,  
 Que á las mozas malamente  
 Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán  
 A su potro las espuelas  
 El rostro á Toledo dan,  
 Y á trote cruzando van  
 Las oscuras callejuelas.

## IV.

Así por sus altos fines  
 Dispone y permite el cielo,  
 Que puedan mudar al hombre  
 Fortuna, poder y tiempo.

## V

Era entonces de Toledo  
 Por el rey gobernador  
 El justiciero y valiente  
 Don Pedro Ruiz de Alarcon.  
 Muchos años por su patria  
 El buen viejo peleó;  
 Cercenado tiene un brazo,  
 Mas entero el corazón.  
 La mesa tiene delante,  
 Los jueces en rededor,  
 Los corchetes á la puerta  
 Y en la derecha el baston.  
 Está, como presidente  
 Del tribunal superior,  
 Entre un dosel y una alfombra  
 Reclinado en un sillón,  
 Escuchando con paciencia  
 La casi asmática voz,  
 Con que un tetrico escribano  
 Solfea una apelacion.  
 Los asistentes bostezan  
 Al murmullo arrullador,  
 Los jueces medio dormidos  
 Hacen pliegues al ropon,  
 Los escribanos repasan  
 Sus pergaminos al sol,  
 Los corchetes á una moza  
 Guinan en un corredor,  
 Y abajo en Zocodover  
 Gritan en discordes son  
 Los que en el mercado venden  
 Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto  
 En faz de grande afliccion,  
 Rojos de llorar los ojos,  
 Ronca de gemir la voz,  
 Suelto el cabello y el manto,  
 Tomó plaza en el salon,  
 Diciendo á gritos:—¡Justicia,  
 Jueces, justicia, señor!—  
 Y á los piés se arroja humilde  
 De Don Pedro de Alarcon,  
 En tanto que los curiosos  
 Se agitan al rededor.  
 Alzóse cortés Don Pedro  
 Calmando la confusion  
 Y el tumultuoso murmullo  
 Que esta escena ocasionó,  
 Diciendo:

—Muger, ¿qué quieres?—

Quiero justicia, señor.—

¿De qué?—

—De una prenda hurtada.—

—¿Qué prenda?—

—Mi corazón.—

—¿Tú le diste?—

—Le presté.—

—¿Y no te le ha vuelto?—

—No.

—¿Tienes testigos?—

A Flandes partió Martinez  
 De soldado aventurero,  
 Y por su suerte y hazañas  
 Allí capitán le hicieron.  
 Según alzaba en horrores  
 Alzábase en pensamientos,  
 Y tanto ayudó en la guerra  
 Con su valor y altos hechos,  
 Que el mismo rey á su vuelta  
 Le armó en Madrid caballero,  
 Tomándole á su servicio  
 Por capitán de lanceros.  
 Y otro no fué que Martinez  
 Quien á poco entró en Toledo,  
 Tan orgulloso y ufano  
 Cual salió humilde y pequeño.  
 Ni es otro á quien se dirige  
 Cobrado el conocimiento,  
 La amorosa Inés de Vargas,  
 Que vive por él muriendo.  
 Mas él, que olvidando todo  
 Olvidó su nombre mesmo,  
 Puesto que Diego Martinez  
 Es el capitán Don Diego,  
 Ni se ablanda á sus caricias  
 Ni cura de sus lamentos;  
 Diciendo que son locuras  
 De gente de poco seso,  
 Que ni él prometió casarse  
 Ni pensó jamas en ello.  
 ¡Tanto mudan á los hombres  
 Fortuna, poder y tiempo!  
 En vano porfiaba Inés  
 Con amenazas y ruegos;  
 Cuanto mas ella importuna  
 Está Martinez severo.  
 Abrazada á sus rodillas  
 Enmarañado el cabello,  
 La hermosa niña lloraba  
 Prostrada por el suelo.  
 Mas todo empeño es inútil,  
 Porque el capitán Don Diego  
 No ha de ser Diego Martinez  
 Como lo era en otro tiempo.  
 Y así llamando á su gente  
 De amor y piedad ageno,  
 Mandoles que á Inés llevaran  
 De grado ó de valimiento.  
 Mas ella, antes que la asieran,  
 Cesando un punto en su duelo,  
 Así habló, el rostro lloroso  
 Hacia Martinez volviendo:  
 —“Contigo se fué mi honra,  
 Conmigo tu juramento;  
 Pues buenas prendas son ambas,  
 En buen fiel las pesaremos.”—

Y la faz descolorida  
 En la mantilla envolviendo,  
 A pasos desatentados  
 Salióse del aposento.